

# EL PRINCIPE LUIS LUCIANO BONAPARTE

CONFERENCIA del R. P. Jorge de Riezu en el Salón del Consejo Foral

He aquí el texto íntegro de la Conferencia que, en el Salón del Consejo Foral y tras los saludos protocolarios a la Mesa, que estaba presidida por el señor don Amadeo Marco, en representación de la Excma. Diputación Foral, por el doctor don Pedro Díez de Ulzurrun Echarte, Vocal de la Institución «Príncipe de Viana», y por la Sección «Fomento del Vasceuce», así como a un público distinguido que llenaba la Sala, pronunció el día 4 de febrero el R. P. Jorge de Riezu, capuchino y docto profesor del Colegio de Lecároz.

A la Conferencia puso una explicación previa el señor Díez de Ulzurrun para manifestar cómo la Excma. Diputación Foral de Navarra había querido no sólo sumarse a la idea del homenaje en general, a ese homenaje que otras regiones vascas le dedicaban con motivo de su aparición por el País Vasco hace cien años por estas fechas, sino que había querido ofrendarle el suyo propio, ya que el Príncipe había mostrado un interés especialísimo por los dialectos de Navarra y en cuyo Archivo se guardan testimonios elocuentes de aquel interés.

Y, con estas palabras por delante, comienza la Conferencia del R. P. Jorge de Riezu.

Dignísimas Autoridades:

Señoras:

Señores:

De cuantos extranjeros visitaron nuestro país en pasadas centurias o dedicaron sus ocios y afanes a la investigación de nuestras cosas, ninguno, creo yo, tan acreedor a nuestra admiración, respeto y gratitud como el Príncipe Luis Luciano Bonaparte, que, alejado del estruendo de las armas, del brillo de la corte y de la intriga palaciega, a que parecía destinado por su nacimiento, puso las dotes extraordinarias de su inteligencia y voluntad al servicio de la *Lingua Navarrorum*, que decía nuestro Sancho el Sabio, e hizo de la misma el objeto preferido de sus estudios.

No ha habido caballero tan enamorado de la dama de sus pensamientos, como este Príncipe lo estuvo de nuestra lengua milenaria, por la que «sacrificó su tiempo, juventud, salud y dinero, en viajes costosos y difíciles y en prolongadas vigalias» (1).

Muerto el Príncipe, apenas quedó rastro del entusiasmo despertado entre nosotros por sus viajes. Por la misma época se extinguía el equipo vascófilo

(1) Cart 10-1-1882 a H. Schuchardt (RIEV, vol. III (1909), p. 133).

agrupado en torno suyo. Cuanto a sus obras, de tirada muy corta en general, pasaban de la imprenta a manos de sabios lingüistas, a bibliotecas de centros filológicos europeos y a archivos de ciudades visitadas por él. Sólo una porción muy reducida quedaba para la venta (2). Su biblioteca vasca impresa, una de las más ricas de que hay noticia, fué llevada a Chicago. Salváronse los manuscritos, que, gracias a la solicitud del señor Azkue y a los buenos oficios del Duque de Mandas, don Fermín Lasala, Embajador a la sazón en Londres, fueron en 1904 adquiridos en 350 libras y repartidos entre las Provincias de Vizcaya, Alava y Navarra. Los referentes a dialectos navarros se conservan cuidadosamente en el Archivo de nuestra Diputación Foral (3).

Cuanto a biografías y noticias sobre el Príncipe, lo impreso es muy escaso. Aquí se le conocía sobre todo por la Gramática de Campión, que abunda en datos lingüísticos bcnapartianos y en referencias bibliográficas. En el libro de Rodríguez Ferrer Los Vascongados, publicado en 1873, viviendo el Príncipe, hay un capítulo sobre Luis Luciano, intitulado «El Príncipe», escrito con más amor que precisión. Tendremos ocasión de citarle en esta conferencia. En la Revista Internacional de Estudios Vascos (RIEV) publicó G. Lacombe una pequeña reseña bio-bibliográfica, de cuyos datos hemos de hacer uso (4). Fuera de esto, alguna que otra noticia diseminada por revistas. Y nada más. Ah, sí: algo de sumo interés, cuya publicación inició en sus días la citada RIEV, y ahora se reanuda en otras con más acelerado ritmo, al parecer: el Epistolario (5). Entiendo que una edición completa y anotada de las cartas del Príncipe sería el monumento más valioso que se erigiera en su memoria; sería a la vez atalaya inmejorablemente situada para contemplar el panorama lingüístico vasco durante un largo período del siglo XIX.

En el homenaje celebrado en Bayona los días 15 y 16 de octubre último se puso de manifiesto que hay personas diligentes y capacitadas que pronto van a satisfacer el ansia muy natural y laudable que muchos sentimos por conocer un poco mejor la obra del Príncipe en lo tocante a nuestro país. Pero

(2) "Bonaparte hacía tirar un número escasísimo de ejemplares de sus trabajos, que ponía luego a la venta a precios exorbitantes. Recuerdo que, siendo yo muchacho, y en vista de que no los encontraba en ninguna parte, le escribí una carta rogándole me indicara en qué librería podía comprarlos. Me contestó el Príncipe, que sólo tenía unos pocos ejemplares, que reservaba para algunos lingüistas. Más tarde pude procurarme casi todas sus publicaciones en casa de Quaritch o de M. Víctor Collins". (J. de URQUIJO: *Estado actual de los estudios relativos a la lengua vasca*. Discurso pronunciado en el Congreso de Oñate el 3 de Septiembre de 1918. Bilbao. 1918, p. 20. nota 1).

(3) Véase en RIEV, t. VII (1913), p. 186, el "índice de los libros y papeles adquiridos por la Excm. Diputación de Navarra, de la testamentaria de S. A. el Príncipe Luis Luciano Bonaparte".

En la misma revista, t. XXIV (1933), p. 138, trae P. Garmendia sobre la adquisición de los manuscritos, junto con el "Inventario de los manuscritos del Príncipe L. L. Bonaparte existentes en la Diputación de Guipúzcoa".

En la revista *Euskera* (órgano de la Academia de la Lengua Vasca), 1957, p. 281 y siguientes, pueden leerse las cartas cruzadas entre, el Duque de Mandas, el Sr. Azkue y las Diputaciones de Guipúzcoa y Vizcaya con motivo de la adquisición de los manuscritos.

(4) *Le Prince Louis-Lucien Bonaparte*. Notice biographique et bibliographique. t. I (1907), p. 161.

(5) Tocante al Epistolario, he aquí lo más importante publicado hasta la fecha:

J. DE URQUIJO: *Cartas escritas por el Príncipe L. L. Bonaparte a algunos de sus co-*

también a muchos de los aquí presentes cabe la posibilidad de aportar un grano de arena siguiera al ingente edificio que proyectan los sabios aludidos. No es improbable que en los pueblos de la zona vasca navarra visitados por el Príncipe queden vestigios de su tránsito: actas de sesiones, cartas o escritos relacionados con su persona, noticias sobre colaboradores suyos hasta ahora ignorados, objetos regalados por el insigne vascófilo... Todo eso es preciso recoger, a fin de reconstruir su figura y obra, y así pagar de alguna manera la deuda de gratitud que con él tenemos contraída.

*Quién fué el Príncipe; qué hizo el Príncipe*, sobre todo entre nosotros; cómo fué el Príncipe, sobre todo para nosotros: tales son los puntos que me progongo desarrollar.

Al hacerlo, huiré cuanto sea posible de enumeraciones y datos fatigosos. Le traeré entre nosotros, para verla trabajar de cerca en la mina inagotable de nuestra lengua popular, y expondré el tema en forma episódica. Del episodio, habéis de pasar vosotros mismos a la sustancia; del pormenor, al conjunto, acabando el retrato que yo hubiere esbozado de ese Bonaparte, que parece quiso justificar el título de Príncipe dándole contenido real en nuestro país. Vuestro será el mérito, y yo me contentaré con haber sugerido en vuestra mente la figura del «Príncipe Vascófilo», de aquel extranjero enamorado de nuestra lengua, que en frase de don Fausto Arocena comparte con Guillermo de Humboldt el título de «amigo nuestro número uno» (6).

## I. — ESBOZO BIOGRAFICO

Luis Luciano Bonaparte, hijo de Luciano, segundo hermano de Napoleón I, nació el 4 de enero de 1813 en Thorngrove (Inglaterra) y murió el 3 de noviembre de 1891 en Fano (Italia), cerca de Urbino, en la costa del Adriático.

Dado su origen, no pudo menos de estar su vida condicionada por los azares de la política francesa de aquel siglo: Caída del I Imperio y Restaura-

*labaradores*. RIEV, t. II (1908). pp. 215 y 655, y t. IV (1910). p. 233 (dirigidas todas ellas a D. Bruno Echenique).

G. LACOMBE: *Quatorze Lettres inédites du Prince Louis-Lucien Bonaparte au Comte de Charencey*. RIEV, t. II (1908), p. 775.

G. LACOMBE: *Lettres du Prince L. L. Bonaparte a Don Arturo Campión*. RIEV, t. XXIII (1932). n. 192. y t. XXIV (1933). p. 304.

II SCHUCHARDT: *Briefe des Prinzen L. L. Bonaparte an H. Schuchardt*, RIEV, t. III (1909). p. 133.

PH. VEYRIN: *Lettres du Prince L. L. Bonaparte à Wentworth Webster*", RIEV, t. XXV. 316.

ALFONSO IRIGOYEN: *Cartas de Inchauspe al Príncipe Luis Luciano Bonaparte* (1957-1987). *Euskera*. 1957, p. 119.

"Cartas del P. Uriarte al Príncipe Luis Luciano Bonaparte, con noticias bibliográficas del P. Fray Juan Ruiz de Larrinaga. O. F. M.", *Boletín de la RSV de Amigos del País*. 1954, p. 231: 1957. pp. 220. 330 y 429.

Véase también la correspondencia del Capitán Duvoisin, publicada por Daranatz en la RIEV, tomos XIX (1928), XX (1929), XXI (1930) y XXII (1931).

(6) *El País Vasco visto desde fuera*, p. 98 (Monografías Vascongadas de la Biblioteca de Amigos del País, n.º 1).

ción borbónica (1815), advenimiento de Luis Felipe (1830), Revolución de 1848, golpe de Estado y II Imperio (1852), guerra franco-prusiana y advenimiento de la III República (1870-1871).

Luciano, su padre, Príncipe de Canino, es el que conocemos de Embajador en Madrid por los años de 1800. Desavenido con su hermano el I Cónsul, hubo de retirarse a Frascati (Italia). Camino en 1810 para Estados Unidos, íué capturado en alta mar por los ingleses y conducido a Plymouth. De ahí el nacer en Inglaterra nuestro futuro Príncipe Luis Luciano. Después de la batalla de Waterloo, Luciano, con su familia, se establece en Musignano (Estados de la Iglesia), donde proporciona a todos sus hijos, y en particular a nuestro joven, instrucción sólida y variada.

No bien cumplidos ios 20 años, el 4 de octubre de 1833, contrae Luis Luciano matrimonio con la florentina María Ana Cecchi. No anduvo acertado en la elección de esposa, como sea verdad que al poco tiempo hubo de proponerle separación, que ella no aceptó, si bien se comprometió a vivir en Ajaccio, en la residencia de los Bonaparte.

Libre entonces, viaja por Europa y Estados Unidos, dedicándose con notable éxito al estudio de la Química y la Mineralogía. Mas pronto descubre su verdadera vocación, la Filología, a que se consagra con ahinco hasta la muerte.

El 28 de noviembre de 1848 los electores de Córcega le eligen su representante en la Asamblea Constituyente; la elección es anulada el 9 de enero del siguiente año; mas poco después, el 8 de julio, es elegido diputado por más de 120.000 electores del departamento del Sena.

Tras repetidos e infructuosos intentos en Roma de anular su matrimonio, sepárase por fin de su mujer en 1850, pero guardando respetuosamente las leyes del vínculo y los sagrados cánones.

Tras el golpe de Estado, que restauró el Imperio en la persona de su primo Napoleón III, recibió de éste el título de Príncipe, con tratamiento de Alteza y rango en la corte, una pensión de 130.000 francos y la incorporación a la familia civil del Emperador. Tenía, además, la investidura de senador. ¡Dieciocho años de desahogo económico, aprovechados para iniciar una serie de importantes publicaciones científicas!

Fija su residencia en Inglaterra, donde se consagra de lleno a la Lingüística. La Universidad de Oxford le confiere el título de Doctor honoris causa; en la Legión de Honor, a la que pertenecía desde la II República a propuesta del ilustre químico Dumas, entonces ministro, se le asciende al grado de gran oficial, y más tarde, al de gran cruz.

Privado de recursos a la caída del II Imperio, vive de una subvención que le pasa la ex Emperatriz Eugenia, su prima. Más tarde, en 1883, el Gobierno de Gladstone le asigna una pensión anual de 250 libras, «en atención a los trabajos sobre patois y dialectos lingüísticos de Inglaterra».

El 17 de marzo de 1891 muere en Ajaccio su mujer. Contrae entonces segundas nupcias con Clementina Richard Grandmontagne, originaria de Tarbes, la cual conocía a la perfección !a lengua vasca, por haber vivido en Araya, Cegama y Fuenterrabía con una hermana suya, la mujer de don Claudio Otaegui, de quien nos haremos familiares en el curso de esta conferencia.

Vivía a la sazón el Príncipe en Fano, por atender a su quebrantada salud.

en casa de una sobrina suya, la condesa Bracchi. Operóse de cataratas dos meses antes de su muerte, acaecida, como dijimos, el 3 de noviembre de 1891.

Sus restos mortales descansan en la sección católica del gran cementerio de Londres, en el distrito llamado Kensal Green. Y aprovecho esta oportunidad para rectificar lo que dice Lacombe sobre su sepultura, que él sitúa en un palacio inexistente de Ajaccio (7).

## II.—LA OBRA DEL PRINCIPE BONAPARTE

Este Príncipe, que entre la familia Bonaparte es quien más parecido físico tiene con el que llenó el mundo de sus glorias militares, se le asemeja asimismo en el genio, en la firmeza de voluntad y en las conquistas logradas, no en el campo de las armas, sino en el de las letras.

Hemos dicho que su vocación definitiva fué el estudio de las lenguas. Escribía y hablaba corrientemente el italiano, el francés, el inglés, el castellano y el vascuence. Conocía, además, gramaticalmente muchos idiomas europeos.

Mas no fué su vocación el estudio de las lenguas literarias; éstas sirvieron para introducirle en la verdadera especialidad suya, que fué la *Lingüística*.

Más que la lengua literaria de un país interesan al lingüista las hablas populares, con toda la rica variedad de fenómenos morfológicos, fonéticos y lexicales que ofrecen. La lengua literaria es planta de invernadero; el habla popular crece y vive en el campo. La lengua literaria es un producto cultural, bien que profundamente enraizado en el habla popular; de ésta toma el léxico, pero lo amplía y enriquece, afinando los matices significativos; toma también las formas; pero, seleccionando entre ellas, fija el lenguaje con criterio racional y estético. El habla popular se rige por la tradición y por su propia vitalidad interna, fuente inagotable de recursos para adaptarse a las influencias del ambiente y a las nuevas necesidades.

Pues ésta fué su especialidad: el habla popular; más concretamente, la dialectología, el estudio de los dialectos, subdialectos y variedades de una región lingüística. Y de las muchas hablas populares que estudió, la preferida fué el vascuence. Se ha dicho de él que «sabía el euskera como nadie lo supo, ni quizá lo sabrá jamás».

Cuándo y cómo nació en él la vascofilia, se ignora. Únicamente podemos señalar que en 1847, a la edad de 34 años, publicó en Florencia su primera obra lingüística: *Specimen lexicæ comparativæ omnium linguarum europæarum*, pequeño infolio de 56 páginas, en que cada columna de! vocabulario polígloa, integrada por 51 palabras de otros tantos idiomas escogidos, va encabezada y presidida por la palabra vasca.

El año 1856 resuelve ponerse en contacto directo con el vascuence; e introducido en el país vasco por su gran amigo y vascófilo Antonio d'Abbadie, va entablando poco a poco amistad con los más expertos en dicha lengua: con

(7) Debo a la amabilidad de D. José Villalonga los datos referentes a la sepultura del Príncipe.

el canónigo Inchauspe, suletino, con el capitán Duvoisin, labortano, con el Padre Uriarte, vizcaíno, con don Claudio Otaegui, cegamés, más tarde maestro de Fuenterrabía, y con el baztanés don Bruno Echenique. Estos cinco, a los que más tarde se agrega don Arturo Campión, forman el estado mayor, por decirlo así, del ejército de colaboradores del Príncipe Bonaparte.

Es de advertir que ya en 1850 se carteaba con el alcalde de Vitoria, señor Ajuria.

Dedicó el primer viaje, realizado a fines de verano de 1856, a las Provincias de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya. Aquí fué su encuentro y amistad con el P. Uriarte, a quien oyó predicar un sermón en vascuence en San Nicolás, de Bilbao; y aquí el acuerdo tomado en Guernica por las Juntas de nombrar «padre de Vizcaya» al ilustre visitante.

Especial interés tiene para nosotros el viaje del siguiente año, 1857, cuyo objeto principal fué Navarra. Es el que ha dado ocasión al homenaje que se le ha hecho en Bayona los días 15 y 16 de octubre último, puesto que se cumplía el Centenario de la fecha en que Luis Luciano, llegado a dicha ciudad, y antes de ponerse en camino para Navarra presidió el 16 de octubre una reunión de sabios vascófilos, los más conspicuos del país, dedicada a temas lingüísticos, en especial a la unificación del sistema ortográfico. Puede considerarse aquella reunión como el germen u origen de los futuros Congresos de Estudios Vascos.

Al día siguiente, 17, salía para Pamplona, acompañado de sólo su ayudante, el General Cavagnari. por guardar el incógnito. Mas pronto corrió de boca en boca el nombre del visitante, y en los lugares de tránsito acudían las autoridades a recibirle con toda clase de honores y agasajos.

No era aquello un viaje de turismo, ni mucho menos. Campión nos ha conservado una anécdota, oída contar a Otaecrui, sobre el método de trabajo seguido en estos viajes:

«Contaba (D. Claudio Otaegui) que, estudiando el Príncipe el dialecto Alte-Navarro Septentrional, celebró junto a Pamplona (quizá en Villava) una conferencia con algunos sacerdotes reputados como sabedores del lenguaje vulgar de sus pueblos respectivos. Procuraba el Príncipe aquilatar la certidumbre absoluta de las informaciones que recibía, estrechando a los informantes con preguntas y repreguntas, tan hábilmente formuladas que ponían de resalto las más leves contradicciones e inexactitudes. Los buenos de los curas sudaban la gota gorda; y cuando salieron de la entrevista uno de ellos se acercó a D. Claudio y le dijo así, textualmente: «Fortuna, que no le ha dado a éste, como a su tío, por la guerra; porque, si no, ni Dios para en este mundo» (8).

Prolongó el viaje hasta Bilbao visitó el castillo de Arteaga, propiedad de la Emperatriz Eugenia, y el Arbol de Guernica. El día 2 de Noviembre estaba de regreso en Bayona; mas no para Londres sino con designio de pasar a Ochagavía e iniciar el estudio del Salacenco.

Acompañale en esta excursión el canónigo Inchauspe. Parten de Tardets

(8) A. CAMPION: Apuntes Necrológicos. D. Claudio de Otaegui, *Euskal Erria* 1890, I Semestre, pp. 82-87.

muy de mañana, y escalando el Pirineo por el puerto de Larrañe, tras una caminata de diez horas, llegan ya anochecido a Ochagavía. A su encuentro salen con toda clase de demostraciones de respeto y honor el clero y el alcalde. Y como éste manifestara el designio de ponerle guardia de honor, le replica: «No; entre los vascos me halló como en mi casa; entre ellos no tengo más que amigos» (9).

El día 6 lo emplea por entero en averiguaciones lingüísticas, en las que le presta ayuda eficaz el señor Párroco; y el día 7, acompañado de éste y del alcalde, regresa a Tardets, donde es objeto de grandes agasajos. Al día siguiente, domingo, asiste a la misa mayor y al sermón predicado en vascuence por el Párroco, señor Baratzabal. Por la tarde, los jóvenes representan en su obsequio la Pastoral de Nabucodonosor.

Pero dejémosle camino de Londres, donde tiene que ordenar sus notas y analizar y comparar los manuscritos adquiridos. Tiene asimismo que atender a sus ediciones, que por esta época son muy numerosas. Entre el viaje de 1957 y el siguiente de 1866, el catálogo de Coilins trae unas 33 obras en vascuence editadas por el Príncipe, algunas de ellas de extraordinaria importancia, como *Le Verbe Basque*, de Inchauspe, y la *Biblia*, de Duvoisin.

Mientras él allí trabaja, su equipo de colaboradores navarros, dirigido por don Bruno Echenique, elabora las traducciones, aclara las dudas y contesta a las demandas que llegan de Londres.

Don Bruno Echenique y Garmendia nació en Urdax, el 9 de julio de 1820, y murió en Pamplona, el 14 de marzo de 1893. Vivió, por lo regular, en Elizondo; pero a menudo se trasladaba a Vitoria, de donde era su primera mujer, de apellido Alegría.

Don Bruno fué presentado a Luis Luciano del 11 al 13 de agosto de 1856 por los hermanos D'Abbadie, Antonio y Arnaldo, en el palacio de Echauz de Baigorri, y desde esa fecha colabora con el Príncipe durante diez años seguidos.

En el Archivo de nuestra Diputación se guardan los manuscritos de 5 traducciones de don Bruno: *Cantar de los Cantares*, *Libro de Rut*, *Profecía de Jonás*, *Evangelio de San Mateo* y *Apocalipsis*. Dos de ellos fueron impresos en Londres: *San Mateo* (en 1857) y *Jonás* (en 1863).

Los catecismos manuscritos de distintas variedades dialectales navarras, agenciados generalmente por don Bruno, pasan de cuarenta.

De la estima y preferencia que por él tenía el Príncipe dan testimonio las cartas que le escribía. Todo lo hacía bien don Bruno. «Tengo la plena convicción de que es V. el único que se ha dado perfecta cuenta de lo que deseo» (12 de setiembre de 1861). Porque el Príncipe era exigente y minucioso. Nada de mezclar cosas de propia cosecha o hablars cultos en las traducciones que le encomendaba. La lengua del pueblo, y nada más. Cuanto a la escritura, «había de ser reflejo fiel de la pronunciación» (9 de abril de 1863). Cuanto a la caligrafía de don Bruno, no hay más que ver sus manuscritos: era maravillosa.

«¿Cree V. que habría alguien que, bajo su dirección, fuera de Irurzun a

(9) DARANATZ: *Le prince Louis Lucien Bonaparte au Pays Basque en 1857*. "Gure Herria", 1923, pp. 361-364.

Pamplona, y luego hasta Navascués, a fin de informarme del estado del vascuence?» (7 de noviembre de 1864). Era la época en que el Príncipe con más ahinco trabajaba en el Mapa Lingüístico. Pues don Bruno en persona se pone en camino y hace las averiguaciones pertinentes. No era ésta la primera vez que don Bruno tomaba sobre sí tales diligencias en servicio del Príncipe; puesto que en sus viajes de Elizondo a Vitoria, que los hacía a pie, escopeta al hombro, se detenía en los pueblos de la Barranca y la Burunda para indagar las particularidades dialectales de aquella zona y comunicárselas al Príncipe.

Una cosa no pudo jamás lograr de don Bruno: que se resarciera de los gastos hechos en su servicio, o que le manifestara algún deseo. Mas el Príncipe, que era generoso en extremo, de cuando en cuando le hacía algún obsequio por medio de D'Abbadie. En casa de don José María Echenique, nieto de don Bruno, se guardan como reliquias dos pistolas de desafío y un reloj de oro, con dedicatoria, en vascuence, del Príncipe.

Era, además, don Bruno jovial, ameno y ocurrente. Sucedió una vez que, estando a la mesa en Datuegaraya, residencia de don Bruno en Elizondo, el Príncipe, que pertenecía a la sociedad protectora de animales, defendía ante los comensales sus puntos de vista humanitarios. Mal momento para tal discurso; porque don Bruno aprovechó la coyuntura para retorcer ad hominem el argumento con tal gracejo, que aquél hubo de convenir en que no en todas las materias es prudente llevar las teorías hasta las últimas conclusiones (10).

El Príncipe conocía y admiraba el talento, la caballerosidad, el desinterés y el buen humor de don Bruno; mas en cierta ocasión descubrió en él una cualidad insospechada, que le llenó de asombro: su intrepidez. Iban los dos de excursión por la montaña, cuando fueron sorprendidos por un bandido con la fórmula tradicional: «¡La bolsa o la vida!». El navarro hizo un rápido movimiento y «encañonó» a bocajarro a aquel pobre diablo, que huyó despavorido. «No sabía que ibais tan bien prevenido», observó el Príncipe. «Mirad mi arma», repuso el baztanés: Era una pipa. «¡Ah, farceur!», concluyó Luis Luciano (11).

Quiero dar aquí una lista de colaboradores navarros, con cuyos descendientes o familiares quizá algunos de los que me escuchan tengan relación de amistad o parentesco (12):

Samper, Pedro José, párroco de Jaurrieta (Salazar).  
 Remondegui, Francisco, de Jaurrieta.  
 Hualde, Prudencio, párroco de Vidángoz (Roncal).  
 Mendigacha, Mariano, de Vidángoz.. más tarde colaborador de Azkue.  
 Elizondo, Martín, posadero de Arive (Aézcoa).  
 Minondo, Pedro José, maestro de Garralda (Aézcoa).  
 Olave, Martín, párroco de Aria (Aézcoa).  
 Loperena, Javier, de Garralda.  
 Tornaría, Pedro, maestro de Iraízoz, de Lizaso (Ulzama).

(10) Refirióme la anécdota D. José María Echenique.

(11) Debo esta anécdota a D. Odón de Apraiz.

(12) Debo la lista de colaboradores a D. José Vilallonga, que ha tenido la bondad de adelantarme datos de un minucioso trabajo que prepara.



Erviti, Mariano, de Beinza-Labayen.  
Juanco, Juan Marcos, de Ochagavía (Salazar).  
Iarregui.  
Gil, Benito, párroco de Iruozqui.  
Salas, Miguel, cura de Aspurz.  
Lazco, Vicente, Ulzama.

Debo nombrar también a dos capuchinos navarros, ambos de Vera de Bidasoa: el P. Antonio, de apellido Arandía, y el P. Fidel, de apellido Irazoqui. El P. Antonio, arrojado de su convento por la revolución de 1835, vivió hasta su muerte en Vera adscrito a la parroquia. Tradujo alguna cosilla para el Principa por encargo del P. Uriarte. El P. Fidel, exclaustro también, se estableció primero en Fuenterrabía; pasó después a Laburdi, donde fundó dos conventos: en Ustaritz y en Bayona. Su gran amigo Inchauspe, Vicario General de la Diócesis y Síndico del Convento, le hacía frecuentes consultas sobre el vascuence de Vera para transmitirlos al Príncipe.

Con los más de los colaboradores nombrados se entendía don Bruno, haciéndoles llegar los encargos, abonándoles los gastos de traducción, etc. También transmitía los obsequios que el Principa destinaba a los más diligentes. Tratándose de sacerdotes, el regalo solía consistir en un breviario lujosamente encuadernado, con los Santos propios de España.

El año 1866 realizó el Príncipe su tercer viaje al país, esta vez para sojuzgar los rebeldes dialectos orientales de nuestra montaña: Aezcoano, Salacenco y Roncalés. El 27 de febrero salía de San Juan de Pie del Puerto con don Bruno Echenique y don Claudio Otaegui. Subieron por Valcarlos a Roncesvalles y Burguete, donde, en mula, tomaron el camino de Garralda.

Pero cedamos la palabra a Rodríguez Ferrer, quien nos contará episodios de este interesante viaje. «El Príncipe y su academia ambulante, dice, llegaron al valle de Roncal, en que el vascuence es tan raro, que el señor Otaegui y su acompañante, don Bruno, no podían entenderlo. El Príncipe, sin embargo, por su gran instrucción y especial talento, hablaba ya con los roncaleses tan bien como familiarmente al tercer día; de lo que grandemente se maravillaron sus acompañantes.

» Quiso internarse en el país; pero una nevada le hizo desistir, y tuvo que retroceder con gran pena, ofreciendo a sus habitantes que los visitaría otro año; y partió por Aspurz, Iminizaldu y Arive, volviendo por el valle de Arce, Esteribar y Roncesvalles al punto de partida.

» Con este motivo, mucho llevó que contar a Londres, tanto de los accidentes del terreno, usos y costumbres de aquellos naturales, cuanto de la vida viril, sufrida y valerosa en que pasan la mayor parte del año, envueltos entre nieves y cercados de lobos, que él vió precisamente entre Valcarlos y Roncesvalles, montado en una de esas pequeñas y especiales mulas del país, que jamás ponen un pie mal puesto sobre aquellas peligrosas y altas escabrosidades, rellenas entonces de resbaladiza nieve. Mas la acogida que por estos pueblos recibió fué por demás simpática y hospitalaria, y, conmovido por tan gratos recuerdos, no los olvidó a su llegada a Londres, y allí publicó un opúsculo sobre este viaje lingüístico». Hasta aquí, Rodríguez Ferrer.

Pero el dialecto que más intrigó al Príncipe Bonaparte desde 1866 fué el Alto-Navarro Meridional, que en sus días se hablaba en los valles que cercan a Pamplona. Imaginaos un amplio cuadrilátero, con los vértices en Roncesvalles, Yábar, Garínoain y Adoáin. Pues ésa era la zona de este dialecto. Pueblos como Goñi, Guembe, Artazu, Puente la Reina, Izco, Artajo, Ayechu, caen dentro de la zona iluminada de verde en el Mapa Lingüístico del Príncipe Bonaparte. Al vascuence de esta amplia zona navarra dedicó el Príncipe una buena parte del viaje de otoño de 1867, segundo de aquel año y quinto de los seis que en total llevó a cabo en nuestro país.

«Mucho me ha costado, escribía el 2 de noviembre de 1868 a D'Abbadie, el establecer la conjugación de este dialecto, verdaderamente curiosa desde el punto de vista lingüístico, no obstante sus abundantes corrupciones. Se hallan en él formas desconocidas en los otros cuatro principales dialectos vascos. Hoy lo habla una minoría; pero los manuscritos (por mí utilizados) son de cuando era usado de la mayoría.»

Y en carta de 9 de mayo de 1872 escribía al mismo: «El cuadro del Verbo Alto-Navarro Meridional me ha cansado de tal suerte el cerebro, que todos sus terminales me hacen el efecto de puntas agudas que se me clavan en mi pobre cabeza».

Y al canónigo Inchauspe le escribe en fecha 5 de setiembre de 1868: «Hace 50 años todavía era este dialecto el de mayor extensión de la lengua. **Los** in-folios y los in-4.º que de él poseo son más que suficientes para construir una pequeña Literatura religiosa, más rica que la suletina impresa, y casi tan abundante como la vizcaína».

En el viaje de 1869, no juzgando prudente pasar la frontera por el estado en que a la sazón se hallaba España con la cuestión monárquica, reunió en San Juan de Luz a sus colaboradores sobre el dialecto Alto-Navarro Meridional, que fueron los siguientes:

Larráinzar, José Javier, para Elcano.  
Otamendi, José María, para Puente la Reina,  
ligarte, Juan Martín, para Olza.  
Gulina, Vicente, para Goñi.

Erróneamente han alistado algunos a don Joaquín Lizarraga entre los colaboradores. Este benemérito párroco y vascófilo nació en 1748 y murió en 1834, a los 86 años de edad, habiendo regido la parroquia de Elcano durante 60 años. No le conoció el Príncipe; pero en sus manuscritos, que reunió muchos, estudió el dialecto meridional navarro. Y aun editó dos de ellos en Londres: el Evangelio de San Juan y las «Coplas» o cuartetos, que son pensamientos afectivos sobre los misterios de la vida de Jesucristo. A don Joaquín Lizarraga perteneció el ejemplar del GUERO de Axular que se conserva en nuestra biblioteca de Lecároz.

Tales fueron las fatigas de estos estudios, que, en invierno de 1867-1868, le sobrevino un ataque cerebral, aue le privó por mucho tiempo de las facultades intelectuales. Los facultativos le ordenaron que desistiera de semejantes tareas, si quería prolongar sus días; mas él les obedeció por pocos. Apenas restablecido, volvió a emprenderlas de nuevo.

Imperdonable omisión sería el no citar entre los colaboradores navarros al que lo fué el más ilustre de todos y por más elevado estilo, dada su condición de *lingüista: don Arturo Campión*. Ignoro la fecha de su mutuo conocimiento: acaso en alguno de los últimos viajes del Príncipe, quizá con motivo de la *Revista Euskara*, que comienza el año 1873, de la que fué socio y colaborador el Príncipe; lo que éste escribía en buen francés, lo trasladaba en buen castellano Campión. De espíritu bonapartiano es la edición del poema Orreaga, escrita en Guipuzcoano literario el año 1880 y vertida en los otros tres dialectos literarios y en 18 variedades navarras. Ese mismo año comienza entre ambos lingüistas una correspondencia epistolar que dura diez años, de la que dice G. Lacombe ser la más interesante del Príncipe. Y de cuánto sea deudor a Luis Luciano el vascófilo navarro, lo declara él mismo en las magníficas dedicatorias de su Gramática de *los cuatro dialectos literarios de la lengua euskara* (1884) y de su Ensayo sobre las *Leyes Fonéticas* (1883): «La mayor y mejor parte de lo que sé en materia de euskera lo he aprendido en vuestros libros...».

Meta de las campañas del Príncipe en nuestro país y síntesis de su obra fué la clasificación *dialectal del euskera* y el Mapa *Lingüístico*. Según la clasificación última, hecha después de visto de cabo a cabo el país y estudiadas una por una sus variedades dialectales, el vascuence queda distribuido en tres grupos: *occidental, oriental* y central, repartidos en 8 dialectos, 25 subdialectos y 50 variedades. De los 8 dialectos, dos nos corresponden por entero: el Alto-Navarro Septentrional y el Alto-Navarro Meridional; y de otros 5 tenemos no escasa representación: del Guipuzcoano, en la Burunda; del Labortano, en Baztán; del Bajo-Navarro Occidental, en Aézcoa; del Bajo-Navarro Oriental, en Salazar; y del Suletino, en Roncal.

El año 1863 comenzó el Príncipe a ejecutar, en casa de Standford, de Londres, las dos ediciones de su *Mapa Lingüístico*, grabada la una y litografiada la otra, que llevan esa fecha, aunque no se imprimieron en ella. Vimos a don Bruno a fines de diciembre de 1864 con un fragmento de mapa en la mano recorrer la zona meridional vascongada aclarando dudas; y todavía después de esa fecha insiste el Príncipe sobre el mismo punto en sus viajes a nuestras Provincias.

A fines de 1871 o principios de 1872 puso en circulación algunos ejemplares. Es de notar que, como la iluminación se hizo a mano, hay ejemplares que no nos dan la clasificación definitiva del Príncipe, sea porque éste cambiara muchas veces de opinión, sea por negligencia o descuido de los operarios iluminadores. Y así, en unos, la variedad baztanesa aparece iluminada en color *naranja*, como las labortanas, y en otros en *amarillo*, propio del dialecto Alto-Navarro Septentrional. Así el ejemplar de nuestra biblioteca de Lecároz (13).

Los vascófilos modernos hallan que el Mapa Lingüístico no representa adecuadamente la repartición dialectal del euskera. Un mapa nos da, mediante el trazado de *isoglosas*, la representación de un fenómeno lingüístico;

(13) Cf. G. LACOMBE. *La Carte Linguistique du Prince Louis Lucien Bonaparte*, "Bulletin du Musée Basque", 1924, 1, p. 39.

pero en un idioma hay multitud de fenómenos, que requieren cada uno su mapa especial. Así se llega al concepto de *Atlas Lingüístico*, o conjunto de mapas, como los realizados a principios de siglo en Francia y otros países, y se habla de realizar en el nuestro.

Aparte esta obra de conjunto, nos ha dejado el Príncipe muchísimas otras especiales, que sé hallan descritas en el catálogo de Collins y en la Bibliografía Vasca de Vinson. Mas quiero mencionar aquí una, que guarda estrecha conexión con el Mapa y la clasificación, y es, sin duda, como libro de estudio, lo más importante que nos ha dejado el Príncipe: me refiero al Vervo vasco en *cuadros*, obra maestra e insuperada, de la categoría del Diccionario de Azkue. Apareció en 1869, y se completó con el estudio de los dialectos orientales, editado en 1872. Hoy es relativamente fácil a quien se inicia en el vascuence el formarse idea de la contextura de su conjugación, con sus formas verbales de simple y doble régimen, y aun triple, en los tratamientos familiar y respetuoso, con los matices especiales de alocución masculina o femenina. Mas, si de un dialecto pasamos a otro, y luego queremos abarcarlos todos, nos perderemos en un bosque enmarañado. Sin esta obra, dice J. de Urquijo, sería difícil a un extranjero formarse idea de nuestro portentoso verbo.

Esta obra, con todo, no es completa. Mas parece que la continuó: «Cuanto a la continuación, escribe a uno de sus amigos, he de decirle que está terminada hace tiempo y depositada en lugar seguro, en espera de turno. Pero, a menos que alguien se encargue de imprimirla, no creo que el momento de la publicación esté cercano».

¿Dónde para ese documento? Lo ignoramos.

Con esto creo haber dado una idea de la obra del Príncipe. Piensen ahora mis amables oyentes que lo hecho en Navarra se repite en otras regiones del País Vasco; y que la lengua éuskara no fué la única estudiada. Trabajó intensamente en los dialectos de Córcega y Cerdeña y en muchos de la Península Itálica y de Sicilia; estudió las hablas populares de Gales y de muchas regiones de Inglaterra y de Escocia; con menos intensidad, ciertos dialectos de Francia, Países Bajos, Alemania y Rusia, y aun alguno de Galicia, Asturias, Portugal y Brasil.

Una de las cartas dirigidas al Conde de Charencey termina así: «Cuanto a saber quién está equivocado o quién tiene razón, yo o mis contradictores, me atengo al público, y sobre todo a la posteridad» (10 de abril de 1884).

Quiero, pues, traer aquí tres juicios de esa posteridad a que apeló el Príncipe.

H. SCHUCHARD, en sus *Baskische Studien*, opina de esta suerte: «Con razón ha reprochado Vinson a Van Eys repetidas veces el no haber consultado el *Verbo Vasco en Cuadros* del Príncipe Bonaparte... La exactitud y la importancia de las formas verbales atestadas por aquél no sufren mengua por el hecho de no haber él sido siempre feliz en su explicación. Todo lo contrario. Lo que le falta de esa facultad adivinadora, y hasta diría artística,

de la que tampoco puede prescindir la Filología, le sobra en aptitud y afición de observar la realidad hasta en los mínimos detalles. En su manera de clasificar y de dar a cada cosa un nexa genérico, se nota quizá la influencia de los estudios químicos a que se dedicó en la juventud con predilección y éxito. Yo me sirvo sobre todo de su *Verbo Vasco*, obra, por desgracia, incompleta; poseo uno de aquellos ejemplares que el Príncipe solía regalar (con correcciones y adiciones de su mano)...».

G. LACOMBE, comentando una de las cartas del Príncipe al Conde de Charencey, emite este juicio: «Si las teorías no todas son inatacables, por lo menos los innumerables hechos recogidos por él tras ingente y abrumadora labor son y serán la base absolutamente indispensable de todo estudio serio sobre la lengua vasca. Y, quien se atreva, que me pruebe lo contrario».

Finalmente, I. DE URQUIJO, en las palabras con que prologa la publicación de las cartas dirigidas por el Príncipe a don Bruno Echenique, dice así: «Cualquiera que sea la importancia que se conceda a las opiniones que, con relación a la naturaleza y estructura del vascuence, emitiera en sus trabajos el Príncipe Bonaparte, y fuera mayor o menor la perspicacia de que en ellos diera pruebas, lo cierto es que pocos hombres se han dedicado con más ahinco que él al estudio de nuestra lengua, y ninguno le ha igualado, si se exceptúa, tal vez, el señor Azkue, en la penosa e ingrata labor de recoger hechos y materiales lingüísticos que pudieran más tarde servir de base a ulteriores trabajos».

### III. — SEMBLANZA DEL PRINCIPE BONAPARTE

Si el alto rango social del Príncipe y su afición desmedida al estudio nos le han hecho concebir adusto o quizá intratable, los datos que voy a aducir ahora, corrigiendo esa primera impresión, nos perfilarán una fisonomía simpática.

Comienzo por el rasgo más sustancial de su vida: el Príncipe Bonaparte era profundamente creyente. En carta del 20 de mayo de 1881 a Campión, refiriéndose a la rota de Roncesvalles, dice así: «Generalmente se admite la historicidad del suceso, bien que concediendo ser exagerados ciertos pormenores. Cuanto a Vinson y otros, lo niegan todo; puestos a negar, yo creo que niegan hasta la existencia de Dios, Creador del Cielo y de la Tierra. Peor para ellos, que no creen. Los compadezco de veras».

Pasando por Sara, manda cubrir a sus expensas con una losa de mármol el sarcófago que contiene los restos mortales de nuestro Axular, y compone él mismo, en vasco, el epitafio: «Al más ilustre de los escritores vascos, yo el vascófilo Luis Luciano Bonaparte puse esta inscripción:

No hay descanso,  
ni día sin nubes,  
sino en el cielo».

Luis Luciano practicaba la religión católica sin respetos humanos ni ostentación. En sus viajes le hemos visto cumplir el precepto dominical y asistir a los sermones. Al morir su tío Jerónimo, envía de Londres al P. Uriarte 50 francos, para que diga dos misas en sufragio del alma del finado. En su residencia de Londres tenía consigo un sacerdote que, a juicio del P. Uriarte, desempeñaba las funciones de capellán.

Es de notar la serenidad cristiana con que mira la muerte. El mismo re-dacta, en inglés, la inscripción de la piedra sepulcral, en que declara su abandono en la misericordia de Dios, su fe en nuestro Salvador y su con-fianza en la mediación de la Virgen Santísima. Y en una de las cláusulas del testamento dice así: «A mi parroquia, cien libras; al superior de la misma, otras cien libras, como legado para misas de 5 chelines, que se dirán a partir de mi fallecimiento». Y en otra cláusula: «Deseo que con mi cuerpo sean depo-sitados en la sepultura mi Biblia latina, llamada Vulgata, versión aprobada por la Iglesia Católica, así como mi rosario de la Santa Virgen de Loreto».

A Nuestra Señora de Loreto parece habar profesado especial devoción, puesto que en la Semana Santa de 1886 le vemos retirado en la «Santa Casa». Allí inscribe entre los bienhechores su nombre y el del canónigo Inchauspe, a quien manda de recuerdo un rosario. Inchauspe, de visita en Roma, corres-ponde a aquellas atenciones, yendo a visitar a la Princesa Constanza, religiosa en Santa Rufina, y contarle las andanzas de su hermano por las montañas de Navarra (14).

Quizá esta luz interior de su vida le iluminó para descubrir el alma de nuestro pueblo. Lo cierto es que no sólo amó la lengua vasca y propagó su conocimiento y estudio por los principales centros filológicos europeos, sino que amó también a los que la hablaban, y, llegado el caso, lo proclamó en sus escritos, saliendo por el honor de los naturales de nuestro país, él tan recatado por lo demás en mostrar sus íntimos afectos.

Sabido de todos es el poco aprecio en que nos tuvo el ilustre vascófilo J. Vinson, el autor de la *Bibliographie de la Langue Basque* y de otros libros muy estimables sobre nuestro país. Las afirmaciones que estampó en su traducción del *Ensayo sobre la lengua vasca*, del húngaro Ribary, tuvieron la virtud de provocar la indignación del Príncipe y de hacerle estallar en frases, si duras para el detractor, altamente elogiosas para los vascos y su lengua. «¿Que todo anuncia la muerte próxima del escuara?» «No, respon-do yo; no hay indicio de estar la lengua vasca en trance de muerte. Esta lengua, contra la que Vinson guarda rencor ya por ser ella propia de una raza antigua que nunca pactará con ciertas ideas de los miembros del "vale-roso ejército", ya por no haber él logrado nunca dominarla científicamente, continuará viviendo por los siglos, se lo garantizo al Sr. Vinscn, con gran satisfacción de los verdaderos lingüistas y filólogos.»

Y, páginas más adelante del mismo escrito, le arguye de esta manera: «El Sr. Vinson, siempre amable con los vascos, se empeña en hacernos creer que este pueblo iletrado no llegará a ponerse a la altura de sus vecinos en tanto no olvide su antigua lengua. ¡A otro con ese cantar! Aunque el Sr. Vin-son, con su raro talento, tuviera el poder, casi milagroso, de transformar en verdad tan manifiesto error, como es el de afirmar que la raza vasca no está a la altura de sus vecinos, aún tendría que demostrar que la pretendida infe-rioridad se debe a la lengua... ¿Se manifestará, acaso, tal inferioridad en las cualidades morales? Pero es el caso que la honradez de estas gentes es pro-verbial; y me atrevo a desafiar a su enemigo el Sr. Vinson a que pruebe lo

(14) Lo relativo al testamento y lápida sepulcral del Príncipe, comunicado por D. Jo-sé Vilallonga; lo restante, tomado de las cartas del V. Uriarte y del canónigo Inchauspe.

contrario. ¿Será, quizá, en las cualidades intelectuales, en la falta de hombres esclarecidos en las ciencias, en las letras, en las armas, en la navegación o en la Iglesia, donde se manifiesta la inferioridad de nuestros amigos calumniados, respecto de sus estimables vecinos? No es, en todo caso, a mí a quien hará creer que los niños y niñas de Euskalerría estén en condiciones inferiores de inteligencia; porque con sus respuestas me han convencido ampliamente de su aptitud para comprendernos mejor que ciertos sedicentes lingüistas modernos. Cuanto a mí, que no tengo el honor de ser vasco sino de corazón, deseo a todo individuo, de cualquier país que fuere, sin exceptuar al Sr. Vinson, la inteligencia, la honradez, la valentía y, sobre todo, la lealtad de la inmensa mayoría de los naturales de esta noble raza».

Así escribía el Príncipe en 1877, refutando las afirmaciones de Vinson (15).-

Anteriormente, resumiendo en 1866 las impresiones de su viaje por la montaña navarra, se expresaba así: «Me dilataría demasiado si hubiera de dar aquí a conocer por menudo todos los granos de oro gramatical y lexical que he recogido, sobre todo en el valle de Roncal, entre aquellos valientes montañeses, tan inteligentes como hospitalarios, no obstante vivir enterrados entre nieve y cercados de torrenteras, precipicios, osos y lobos» (16).

«Era el Príncipe, dice Rodríguez Ferrer, deferente con todos y con las autoridades, que, por razón de su rango y la elevación de su primo, le hacían sus ofrecimientos; pero jamás se prevalió de ellos para sus deseos personales, y, reduciéndose a la condición particular, siempre pagó los servicios que se le hicieron. Por propensión o estudio, huía de la mayor animación de las capitales, y se retiraba y gozaba entre la paz y la sencillez de los pobres lugares.»

Y en otro pasaje añade el mismo: «En sus excursiones científicas nada violento le fué el correr los azares de la condición privada; y sus acompañantes le han visto, cuando en Vidángoz fué atacado de fiebre, arropado bajo una manta burda del país, no delirar sobre otra cosa que construcciones vascas. Después, cuando llegó su restablecimiento, él era el que se ocupaba más de la comodidad y conveniencia de los extraños que de la suya propia. Frugal, hasta el extremo de no tomar vino ni locor alguno; ni fuma, ni juega, ni conoce otras necesidades que las del trabajo y la aplicación de sus buenos sentimientos».

Es achaque más común entre los lingüistas extranjeros el despreciar a los gramáticos de nuestro país. Y así vemos que Hovelacque, sin haber probablemente hojeado un solo tratado de lengua éuskara, llega a afirmar que los únicos lingüistas en quienes se puede tener plena confianza son Vinson y Van Eys (17). Muy distinta es la opinión del Príncipe, quien afirma que

(15) "Remarques sur certaines notes, certaines observations et certaines corrections, dont M. J. Vinson a accompagné l'essai sur la Langue Basque par F. Ribáry" (París, 1877, Franck), par le Prince Louis Lucien Bonaparte (Extrait des "Actes de la Société Philologique". Tome VII, n.º 2, París, 1877). Londres, 1877.

(16) Observations sur le formulaire de prône conservé naguère dans l'église d'Arbonne, 1866.

(17) Campión, Gramática..., p. 17, nota.

entre las publicaciones de los vascongados hay varias que nada tienen que envidiar a las de otros países, como son las de Zabala, Inchauspe, D'Abbadie y Duvoisin (18).

Y escribiendo en 1880 a Campión, le dice: «Se equivoca V., a mi juicio, poniéndose por debajo de Van Eys». Y como el lingüista navarro le manifestara el propósito de dedicarle, como lo hizo, la Gramática que estaba preparando, le contestó: «Es V. muy amable en creer que mi nombre pueda añadir nada al mérito de sur, obras de V., sobrado estimadas para necesitar de nombre ajeno, y menos del de un pobre aficionado como yo a vuestra magnífica lengua» (1881).

Poco después, en 1882, scribe a Schuchardt, que por aquella época residía en Sara, estudiando el vascuence con un zapatero: «Me encanta que la lengua éuskara le haya cautivado. Sobre gramáticas, no hallo palabras bastantes para recomendar a V. la del Sr. Campión».

Termino con la moraleja que se desprende de este homenaje.

No diré yo que el Príncipe Bonaparte sea el único, pero sí el que más ha contribuido a realizar aquel sueño del vate que primero rimó en vascuence, el navarro de Ultrapuertos Bernardo Dechepare:

*Heuskara, ialgi adi Kanpora:*

Sal a lucir *tus galas, lengua éuskara*, en compañía de tus hermanas.

Desde el Príncipe a esta parte son ya legión los sabios filólogos que se han consagrado con ardor al estudio de nuestra lengua, hoy cultivada en las Universidades de Salamanca, Burdeos, Toulouse, París, Roma, Berlín, Erlangen, Oslo, Praga y Tokio. Un ambiente de respeto y admiración la rodea, y sólo la ignorancia parece no olvidar su acostumbrada osadía.

Las esferas responsables modulan en variados tonos aquellas augustas palabras que se oyeron el año 1918 en Oñate: «Cultivad vuestra lengua, el milenar y venerable euskera, joya preciosísima del tesoro de la Humanidad, que habéis recibido de vuestros padres, y debéis legar incólume a vuestros hijos» (19). No cabe decir más ni mejor. Y en ocasión similar a esta de hoy, el mes de octubre último, un hijo de Pamplona, primera autoridad de Guipúzcoa, se hacía eco de aquellas palabras, diciendo que el vascuence interesa más como lengua viva que como objeto de laboratorio.

Y nuestra Diputación Foral..., no hace falta que aquí lo diga, cuando son a todos harta manifiestos los esfuerzos que realiza por conservar en Navarra este monumento viviente de edades muy remotas. A ese fin exclusivo ha creado la «Sección para el Fomento del Vascuence», cuyas iniciativas aplaude y aplaudirá todo navarro bien nacido. Los navarros podemos y debemos dar una nota de altísima cultura fomentando entre nosotros la coexistencia amigable de estas dos lenguas maravillosas: la que culmina en perfección con Cervantes, y la que se pierde en la noche de los tiempos.

He dicho.

(18) "Remarques..."

(19) *Primer Congreso de Estudios Vascos* (1918), Bilbao, 1919, p. 22.